

«NO FUE UN GOLPE; FUE UN ALZAMIENTO.»
ANÁLISIS Y PERSPECTIVAS SOBRE LA VÍA CHILENA AL
SOCIALISMO DESDE LAS PÁGINAS DE LA REVISTA *FUERZA NUEVA*
(1970-1973)*

«IT WAS NOT A COUP; IT WAS A MILITARY UPRISING.»
ANALYSIS AND PERSPECTIVES ON THE CHILEAN ROAD TO SOCIALISM FROM THE
PAGES OF THE *FUERZA NUEVA* MAGAZINE (1970-1973)

MG. FRANCISCO JAVIER MORALES AGUILERA**
Universidad Autónoma de Madrid
Madrid, España
Email: franciscoj.morales@estudiante.uam.es
Id-ORCID: 0000-0002-3158-4948

RESUMEN

Este artículo indaga en la perspectiva y posicionamiento de la revista nacionalista española *Fuerza Nueva* en relación al gobierno de la Unidad Popular entre los años 1970-1973. El análisis del contenido se realizó a partir de una revisión exhaustiva de los casi cincuenta artículos que se publicaron sobre la experiencia socialista chilena en dicho periodo. La mayor parte de las ideas y opiniones que se expresaron al respecto se articularon en torno a un tópico más o menos transversal que identificaba a dicho gobierno y su proyecto de transformación estructural como

ABSTRACT

This article explores the perspective and positioning of the Spanish nationalist magazine *Fuerza Nueva* in relation to the government of the Popular Unity between the years 1970-1973. The content analysis was based on a thorough review of the nearly fifty articles published on the Chilean socialist experiment in that period. Most of the ideas and opinions expressed in this regard were articulated around a more or less transversal topic that identified said government and its structural transformation project as an unequivocal case of expansion of Soviet communism through

* Recibido: 20 de octubre de 2019. Aprobado: 16 de diciembre de 2019.

** Artículo de investigación. Este artículo es resultado de la investigación doctoral en curso titulada “Miradas interiores y exteriores sobre la violencia política durante la Unidad Popular. Análisis de la documentación oficial y la prensa en Chile, España y Portugal”, que se está realizando en la Universidad Autónoma de Madrid con el apoyo del programa Becas Chile de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID), ex CONICYT.

un caso inequívoco de expansión del comunismo soviético por América Latina. Esta mirada, además de mostrar un férreo posicionamiento anticomunista revelaría también un intento por homologar parte de la realidad chilena de entonces al contexto de la España de la década de los treinta, de modo de hacer una lectura interconectada entre ambas experiencias.

Palabras clave: España; prensa franquista; Unidad Popular; comunismo

Latin America. This look, in addition to showing a strong anti-communist position, would also reveal an attempt to standardize part of the Chilean reality at that time in the context of the Spain of the 1930s, in order to make an interconnected reading between the two experiences.

Keywords: Spain; Franquist Press; Popular Unity; Communism

Cómo citar: Morales A., Francisco Javier. (2020). ““No fue un golpe, fue un alzamiento.” Análisis y perspectivas sobre la vía chilena al socialismo desde las páginas de la revista *Fuerza Nueva* (1970-1973)”. *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, 24(1), 249-282. DOI: 10.35588/rhsm.v24i1.4107.

1. INTRODUCCIÓN

La cita que abre el título de este trabajo correspondió al encabezado principal con el que la portada de la revista española *Fuerza Nueva*, en su edición del 22 de septiembre de 1973, refería la caída del gobierno socialista de Salvador Allende (1). En su mirada, no se trataba de un cruento golpe militar, sino de un alzamiento en contra de un gobierno que llevaba decididamente al país hacia el comunismo. Haciendo una lectura más sutil podemos constatar un propósito manifiesto por parte de esta publicación en orden a homologar la actuación de los militares chilenos con aquellos hechos ocurridos treinta y siete años atrás en España [el golpe del 18 de julio de 1936], entendidos también desde este sector ideológico como un “alzamiento” en contra de un gobierno —el republicano— que conducía al país hacia el comunismo.

Indagando en algunos antecedentes de esta publicación será posible comprender buena parte del contexto y trasfondo de tal posicionamiento. Como se sabe, revista *Fuerza Nueva*¹ se publicó, con algunos intervalos y distinta periodicidad, entre 1966 y 2017, siendo además, desde 1976, el órgano oficial del

1 Sobre el origen del nombre *Fuerza Nueva*, Blas Piñar comenta que en Argentina existió un grupo político que llevaba esa misma denominación, cuyo fundador había sido el militar Juan Francisco Guevara, uno de los participantes del levantamiento armado del general Lonardi en 1955. Fue Piñar quien solicitó a Guevara la autorización para utilizar el nombre de *Fuerza Nueva* en la colectividad ibérica que pensaba fundar en el mediano plazo (457)

movimiento político que con análogo nombre había sido fundado en esa fecha.² Su tirada pasó desde los 6 mil ejemplares al inicio de su circulación hasta los casi 45 mil a fines de la década del setenta, mientras que el número de suscriptores también mostró un incremento sostenido en el tiempo; si a mediados de los sesenta había casi 7 mil personas que recibían semanalmente su ejemplar, en 1982 esa cifra se dobló llegando a las 14 mil (González, “La publicidad” 111).³ Su influencia e impacto se circunscribió fundamentalmente a círculos militares y políticos del régimen, donde era leída con regularidad semana a semana. Juan Manuel González, citando los antecedentes entregados por Tusell y Queipo del Llano, recuerda que personalidades tan importantes del franquismo como el ex Presidente de Gobierno, Carlos Arias Navarro, leían con atención los editoriales de *Fuerza Nueva* (“La publicidad” 112). A decir verdad, aunque no se tratase de una publicación masiva para los cánones españoles y europeos del periodo —y que debió enfrentar, como recuerda Blas Piñar, más de un boicot de parte de los sindicatos de Correos a la hora de su distribución (449)— su presencia en diversos espacios del poder peninsular la hacía acreedora de cierta importancia en la formación de la opinión pública oficialista.

En su cuerpo de redactores y directivos destacaron figuras que adherían al franquismo más ortodoxo como Blas Piñar, José Luis Gómez Tello, Luis Fernández-Villamea, entre otros. Recordemos que, en efecto, Piñar tuvo un rol preponderante en la fundación de este medio, además de participar activamente en política llegando a ser Diputado en las Cortes Españolas entre 1979 y 1982 por Unión Nacional, la alianza que reunió en su momento a diversas corrientes de la extrema derecha hispana. Gómez Tello, por su parte, había sido miembro de la legendaria División Azul: el cuerpo de voluntarios españoles que combatió, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, al lado de la Alemania nazi en contra de la Unión Soviética. Tiempo después, desarrollaría una larga carrera periodística en distintos medios afines al régimen franquista, como los periódicos *Arriba* y *El Alcázar*. Fernández-Villamea, en tanto, había comenzado su carrera periodística en la *Revista Semana* pasando luego a *Fuerza Nueva* en donde sería por varios años uno de sus principales redactores políticos. Dentro de los cargos de responsabilidad de la revista destacaría el periodista Manuel

2 Fuerza Nueva debió disolverse en 1982 producto de la dispersión de las fuerzas de la derecha española. En 1986, de cara a las elecciones europeas del año siguiente, esta colectividad se reagrupó bajo el nombre de Frente Nacional, conservando en todo caso la estructura, siglas y colores de su antecesora (Fernández-Villamea 186).

3 Como es de suponer, el precio de la revista varió en el tiempo. En 1970 un ejemplar costaba 10 pesetas, mientras que hacia 1973 el monto se había elevado hasta las 60 pesetas.

Ballesteros Barahona, quien desde 1969 a 1975 oficiaría como Director de la misma.

Desde el punto de vista de su ideología, esta revista cabe situarla dentro de aquellos sectores más ortodoxos del tradicionalismo y antiliberalismo español, cuyos adherentes profesaban una adhesión irrestricta a los “valores” primigenios del 18 de julio de 1936, es decir, al conjunto de acciones y postulados que habían contribuido en decantar dramáticamente, y tras una cruenta guerra civil, el fin de la experiencia republicana. El lema “Dios, Patria y Justicia” que identificaba a *Fuerza Nueva* provenía, según comenta Blas Piñar, tanto de la Comunión Tradicionalista como de algunos postulados de la Falange. En efecto, desde el Tradicionalismo se tomaba la idea de Dios bajo un sentido de totalidad [“Nada sin Dios”], mientras que del Nacional-Sindicalismo se rescataba, apunta el dirigente, la idea de Justicia. En su conjunto, ambas premisas articulaban la idea de “Todo por la Patria” (457).

Tales preceptos se tradujeron, entre otras cosas, en un rechazo visceral de este movimiento a cualquier intento porque España transitara hacia un régimen democrático y pluralista, pues ello supondría la existencia de un marco institucional tolerante e inclusivo con aquellas ideologías que estaban totalmente alejadas de su concepción de Dios y de Patria. Para *Fuerza Nueva*, el comunismo se situaba como el ejemplo más representativo de ese tipo de ideologías, por lo que se debía llevar a cabo una lucha infatigable en contra de aquel. Como se podrá advertir, había una básica y primordial conexión ideológica entre los postulados y objetivos de esta publicación y el accionar del régimen franquista respecto a la condena del comunismo como fuerza disociadora de la nacionalidad. Esto explica la férrea defensa que *Fuerza Nueva* haría de las medidas represivas que el régimen llevaría adelante a lo largo del tiempo. Mirado desde un marco general, tales postulados cabría situarlos dentro de aquellas expresiones más características del anticomunismo del siglo XX, el que no obstante su homogeneidad a la hora de identificar un “enemigo” común, mostraría en la práctica diversas formas de articulación. Volveremos más adelante sobre este punto.

Conviene precisar de igual modo que desde el ámbito peninsular, el tradicionalismo, pero sobre todo el antiliberalismo que profesaba esta publicación, le enfrentaría a los sectores aperturistas y reformistas del régimen franquista que buscaban materializar, en la década del sesenta, algunos cambios y transformaciones dentro del espacio social y político español. Como se recordará, los años de autarquía y economía de guerra que imperaron en España tras el conflicto civil de los treinta –y que habían sido acompañados de un cruento proceso represivo en contra de los sectores de izquierda– iba quedando progresivamente atrás, observándose hacia fines de los sesenta un cambio sustantivo en diversas

materias. A mediados de esa década, por ejemplo, se habían dictado una serie de leyes que hicieron menos severa la censura periodística permitiendo abrir un espacio de discusión política más amplio y heterogéneo. Por su parte, la posición internacional de España, en un momento atravesado por los cambios sociales y políticos en casi todo el mundo, también sufriría modificaciones de la mano de aquellos dirigentes y funcionarios que deseaban insertar al país ibérico dentro de un contexto global más dinámico y con nuevas oportunidades de desarrollo. Había, en síntesis, un cuadro social, político e inclusive cultural esencialmente distinto al que había surgido tras el triunfo del bando nacionalista en 1939.

Sin embargo, lo que para algunos representaba un cambio de rumbo en el país, para otros, como *Fuerza Nueva*, significaba un retroceso y el abandono progresivo de los principios que inspiraron la “gesta” de 1936. Para el redactor Luis Fernández-Villamea existía, hacia mediados de los sesenta, un consenso más o menos común entre diversos grupos del ala más dura del oficialismo franquista en torno a que el régimen se “agrietaba” y que ya no existía una fidelidad expresa a sus principios fundadores (14). Según la óptica de esta revista, de persistir los intentos aperturistas de algunos dirigentes se abriría paso a un régimen que de hecho implicaría el retorno del comunismo como agente político, lo que indudablemente significaba traicionar el espíritu fundacional del propio gobierno. De allí que *Fuerza Nueva* se situara como un integrante más de lo que en su momento se denominó como “búnker franquista”,⁴ es decir, un conjunto diverso de personalidades –ligadas en algunos casos a ciertas instituciones del Estado– que articulaban su quehacer político desde posiciones conservadoras e inmovilistas. Mirando el conjunto de estas dinámicas, podemos constatar la existencia de un espacio político en donde tres fuerzas pugnaban por influir en las decisiones gubernamentales. Los sectores aperturista y reformista, recordemos, planteaban ciertas transformaciones controladas por parte del régimen a efecto de darle mayor participación a la ciudadanía y alcanzar, en el mediano plazo, un modelo de gobierno más en sintonía con occidente. En cambio, los sectores más tradicionales del régimen –en donde se ubicaba *Fuerza Nueva*– rechazaban de plano los intentos de renovación y cambio de las estructuras institucionales del franquismo.

Pero la defensa de los valores tradicionales del régimen y la lucha frontal en contra del comunismo que propiciaba *Fuerza Nueva* deben insertarse

4 Juan Manuel González señala que la denominación de “búnker franquista” provino desde la propia prensa española, pero en un sentido peyorativo, pues hacía recordar el último refugio de Adolf Hitler y al grupo de asesores y militares que le acompañaron hasta su muerte (“La publicidad” 108).

también dentro de un contexto más amplio que el de la península ibérica. Cabe recordar, en este sentido, que a mediados de los sesenta, el marco regional y mundial acusaba nítidamente un impulso reformista y revolucionario de honda repercusión, lleno de cambios estructurales y utopías socializantes que dinamizaban y parecían trastocar periódicamente el ethos social –e individual– en curso. Los movimientos estudiantiles, las luchas por los derechos civiles de grupos históricamente marginados y, en fin, un cuestionamiento mayor a las normas y reglas de conducta que sustentaban a una sociedad considerada como tradicional y represiva, fueron solo algunos ejemplos del ambiente de agitación que se vivía en esos años. Con todo, dicho cambio epocal no fue visto con buenos ojos a través de las páginas de *Fuerza Nueva*, desde donde se cuestionarían todas y cada una de las transformaciones y movimientos de signo revolucionario –ya fuesen de corte social o político– que surgirían en Europa, Estados Unidos o América Latina. A juicio de Blas Piñar, el carácter nacionalista y cristiano del movimiento al que pertenecía les impulsaba a una lucha frontal en contra de las tres revoluciones antinacionales y anticristianas en marcha: la liberal, la marxista y la erótica (Torres 52).

Si a lo largo de la segunda mitad de los sesenta, la Revolución Cubana –de honda repercusión continental y mundial– concentró buena parte de los debates y análisis de *Fuerza Nueva* respecto a Latinoamérica, al comenzar los setenta, la mirada giró hacia el sur del continente, y más específicamente hacia Chile, en donde se comenzaba a desarrollar la inédita experiencia de la Unidad Popular. Recordemos que esta coalición reunía a un abanico amplio de partidos y agrupaciones de izquierda cuyo horizonte programático era la transición al socialismo dentro de las normas del sistema democrático institucional.

Tal acontecimiento será visto por esta revista no solo a partir de sus dinámicas y desarrollo interno, sino también desde un contexto más amplio. Como observaremos más adelante, desde *Fuerza Nueva* se harían referencias significativas a otras experiencias del cono sur americano que se encuadraban dentro de problemáticas similares a las que se habían decantado en Chile tras la llegada de la izquierda al poder (Gómez, “Lo que se esperaba” 10). El objetivo era insertar el caso de la Unidad Popular dentro de marcos interpretativos que sobrepasaran una mirada estrictamente local, haciendo referencias y conexiones con otros países y realidades. Un punto de análisis importante a este respecto estuvo dado por el rol que jugaron las Fuerzas Armadas dentro del escenario latinoamericano, y más específicamente cuando estas intervinieron de manera directa sobre los procesos políticos en curso a objeto de alejar la amenaza de lo que se interpretaba como un avance progresivo del comunismo. Los golpes de estado de Bolivia en 1971 y Uruguay en 1973 fueron bastante indicativos

a este respecto, llegándose a señalar, por ejemplo, que en el caso de la nación altiplánica los militares habían literalmente “salvado al país” con la intervención que puso fin al gobierno reformista del Presidente Juan José Torres (Gómez, “El Ejército salva” 13). En la práctica, se buscaba establecer ciertos vínculos entre dichos eventos a partir de lecturas de conjunto o esquemas comparativos sobre determinadas materias.

2. PREGUNTAS, COORDENADAS Y ESTRUCTURA

Respecto a la visión particular de esta revista sobre el gobierno de Salvador Allende, nos interesa dilucidar algunas interrogantes en torno a los elementos que caracterizaron dicha mirada: cuáles fueron sus principales énfasis; qué tópicos se abordaron con mayor intensidad, o qué modelo interpretativo general se construyó para este fin, son las preguntas más pertinentes de este trabajo. En segundo lugar, nos interrogamos por las modalidades que se utilizaron para analizar el caso chileno por parte de esta publicación: ¿fueron únicamente columnas de opinión?, ¿qué orientación y propósitos tenían los materiales provenientes desde otras publicaciones que se reprodujeron en las páginas de *Fuerza Nueva* para abordar el gobierno de Allende? La metodología que ha permitido contestar estas y otras interrogantes consistió, primero, en pesquisar y reunir la totalidad de los artículos que hicieron referencia al caso de la Unidad Popular entre 1970 y 1973. Ello se logró a través de una revisión sistemática de los ejemplares de esta revista en dependencias de la Biblioteca Nacional de España. Posteriormente se hizo una clasificación por años, para finalmente seleccionar aquellos artículos que en virtud de su extensión, contenido y temática abordada resultaban más interesantes de consignar en este trabajo. Como veremos más adelante, existió un gran eje de análisis –que se reiteró casi periódicamente en las páginas de *Fuerza Nueva*– respecto a la Unidad Popular.

Pero antes de entrar en el abordaje más sistemático de estos puntos, veamos algunos datos referenciales. Entre 1970 y 1973 se publicaron cuarenta y nueve artículos (entre columnas de opinión, editoriales, notas breves, entrevistas y transcripciones de reportajes) sobre Chile y la Unidad Popular. Quizás Argentina causó una preocupación similar para *Fuerza Nueva* por esos mismos años, aunque ella se concentraría sobre todo a partir de 1973 en virtud del inminente retorno del ex presidente Juan Domingo Perón a dicho país. Con todo, la preocupación de este medio por la experiencia socialista chilena fue constante desde el comienzo mismo de la década del setenta. Hasta el año 1972, hubo un promedio anual de casi nueve artículos referidos a Chile (ocho en 1970,

once en 1971, y siete en 1972). Para 1973, la cifra creció exponencialmente hasta los veintitrés artículos anuales (contabilizando, por cierto, aquellos que se redactaron de forma posterior al golpe de estado y que totalizaban casi la mitad de lo publicado ese año).

En su mayoría, los textos abordaron tópicos relativos a la política nacional, las relaciones entre Chile y los países socialistas, el papel de la Iglesia Católica, las dificultades económicas y el rol de las Fuerzas Armadas. Dentro de este amplio abanico de temáticas, el columnista José Luis Gómez Tello, a través de su sección *El mundo en que vivimos*, fue el principal analista sobre la experiencia de la Unidad Popular con cerca de veinte trabajos –entre notas breves y columnas de mayor extensión– firmados bajo su pluma. Cabe mencionar que algunos textos publicados en estos años correspondieron a materiales editados en Chile, a través de otros medios, y que fueron reproducidos in extenso en las páginas de *Fuerza Nueva*. Se trataba, por cierto, de documentos afines a la ideología política de esta revista, como fue el caso del texto escrito por la Sociedad Chilena de Defensa de la Tradición, la Familia y la Propiedad [TFP] sobre el papel de la Iglesia Católica chilena respecto al gobierno de Allende (TFP 20-25). Podría sostenerse que lo anterior era indicativo de la existencia de una red intelectual del nacionalismo conservador hispanoamericano que se proveía de distintos materiales en el marco de una lucha de alcance global en contra del comunismo. Aunque se trata de un tema todavía poco explorado ya existen sugestivos aportes para desentrañar algunas características de este tipo de redes, sobre todo para el espacio latinoamericano (Bertonha y Bohoslavsky) y aún respecto a lo que Xavier Casals ha identificado como el intercambio de prácticas represivas de tipo contrainsurgente –el terror “*import/export*”– dentro del espacio iberoamericano (103-139).

Como se puede observar, este medio escrito utilizó diversas herramientas y soportes discursivos para abordar la realidad chilena durante los años de la Unidad Popular. Inclusive se reprodujeron algunas viñetas cómicas que aludían al verdadero significado y orientación ideológica del gobierno socialista chileno, como aquella dibujada por José Cuervo en donde se mostraba a un Allende corporalmente deforme haciendo el papel de un empleado disminuido y servil que “entregaba” Chile (representado por una joven mujer) a su jefe, quien no era otro que Leonid Breznev, entonces máximo líder de la Unión Soviética. El mensaje de la viñeta sintetizaba de modo notable la idea en torno a que Allende y su gobierno, a juicio de esta publicación, eran simplemente un instrumento al servicio de Moscú (Giménez, “Chile: ¿Igual actitud” 29).

El trabajo previo de clasificación y lectura de cada uno de los artículos y notas que se referían a Chile nos permite plantear que la estrategia discursiva

de *Fuerza Nueva* se materializó a través de un gran eje temático que sostenía que la vía chilena al socialismo representaba un caso inequívoco de expansión del comunismo soviético en la región latinoamericana. A partir de este eje vertebrador se desprendieron otros tópicos como aquel que estableció una sintomática analogía entre la experiencia unipopular que se abría en Chile en 1970 con aquella de la Segunda República Española de la primera mitad de la década del treinta. El objetivo de esta mirada comparativa era reforzar la idea según la cual el avance del comunismo constituía un peligro real y de plena actualidad para el mundo y la civilización occidental. Pero también dicho ejercicio se hacía con el propósito de acercar la realidad chilena al público lector español a partir de categorías y nomenclaturas próximas a su entorno histórico, de modo de construir un relato sencillo e inteligible. En otras palabras, lo que se quería expresar era que el “comunismo” que llegaba al poder en Chile en 1970 era exactamente el mismo que aquel que en la década del treinta había actuado en España; es decir, dos caras de una misma moneda cuya matriz de origen era la Rusia bolchevique. Otros tópicos que se abordaron en las páginas de este medio, y que, en efecto, derivaron de aquel eje vertebrador señalado más arriba, harían referencia al papel de las Fuerzas Armadas como el actor que podía constituirse en el dique de contención frente al “peligro rojo”.

Esta particular mirada de *Fuerza Nueva* sobre el proceso socialista chileno no ha sido en todo caso advertida por los estudios historiográficos o los especialistas dedicados al tema de la prensa política. Quizás el carácter marcadamente conservador y nacionalista de esta publicación, de la cual se podría intuir con cierta precisión su estrategia y énfasis discursivo, explicaría el poco interés de los investigadores, siempre ávidos por encontrar nuevos giros y lecturas dentro del campo de la historia y los discursos políticos. Se han escrito, sin embargo, algunos trabajos sobre este medio en relación a otros contextos y experiencias; por ejemplo, en el caso de la Revolución de los Claveles en Portugal ocurrida en abril de 1974 (González, “Visiones”), o sobre la financiación de este medio a través de los espacios publicitarios (González, “La publicidad”). Pero, como apuntamos arriba, el tratamiento específico de la experiencia chilena de la Unidad Popular desde las páginas de este medio aún no ha sido abordado en toda su extensión desde la historiografía, a pesar de algunos trabajos enfocados en el tema de la prensa española y Chile, tanto para periodos de tiempo más extensos que el ciclo 1970-1973 como para coyunturas sociales y políticas más específicas (Díaz Aguad; Núñez). Pero además de la ausencia de trabajos específicos sobre el tema, el análisis de los énfasis discursivos de *Fuerza Nueva* podría revelar también hasta qué punto su mirada de la realidad chilena fue utilizada como un recurso para la lucha política que se libraba al interior del régimen franquista

entre las tendencias señaladas con anterioridad. Así, la posibilidad de revelar y reconstruir una parte de estas dinámicas –muchas de las cuales se estructuraban desde un enfoque transnacional– constituye la justificación principal para indagar en las percepciones y alcances de esta revista. De este modo se espera abrir nuevas pistas de investigación y contribuir en un conocimiento más detallado de aquellas visiones críticas sobre la Unidad Popular que no pertenecían a un ámbito exclusivamente nacional y sobre las cuales ya se ha investigado con cierta profusión en las últimas décadas (Varas, *La dinámica política*; Valdivia, *Nacionales y gremialistas*; Díaz, *Patria y Libertad*).

Es cierto que *Fuerza Nueva* representaba una vertiente más del anticomunismo del siglo XX, sin embargo consideramos necesario detallar y analizar de qué modo se expresó ese particular modo de pensamiento respecto a la experiencia chilena. En este sentido cabe preguntarse qué recursos discursivos se utilizaron o qué imágenes en específico se construyeron sobre un gobierno que fue calificado desde un primer momento como un mero apéndice del comunismo soviético. Adelantando una parte de las conclusiones, podría indicarse también una pregunta transversal en torno a las limitaciones de este tipo de miradas y percepciones de la prensa anticomunista, es decir, qué particularidades no logró advertir esta revista respecto del caso chileno dada su cerrada posición antimarxista. Como bien ha señalado Marcelo Casals, el anticomunismo, a pesar de compartir un rasgo común de aversión explícita hacia dicha ideología, presenta una problemática pluralidad debido, entre otras cosas, a la diversidad de posturas y acciones con que se busca confrontar dicha amenaza (26). Se trata entonces –a pesar de no existir principios orientadores en común para aquellos que se identifican como anticomunistas– de una lucha doctrinaria y política frente a quienes buscan transformar el orden social (M. Casals 27). Desde este ángulo podríamos señalar, como esbozamos arriba, que el anticomunismo de *Fuerza Nueva* se estructuró sobre la base de una retórica homogénea y maniquea, que recurrió a ejercicios de comparación histórica transnacional (Chile-España) y que se alimentó, en diversas ocasiones, de recursos intelectuales provenientes de otros países pero que se caracterizaban por una lógica interpretativa similar.

Desde un punto de vista más general, cabría adscribir el anticomunismo de esta publicación dentro de algunas de las matrices que Rodrigo Sá Motta ha identificado como características de este tipo de corrientes. En particular, estamos pensando en aquella matriz católica y nacionalista, que aún cuando fue elaborada para el caso latinoamericano, y más específicamente para Brasil, puede ser considerada ante todo como un sistema de pensamiento global que contribuye a reafirmar el propio anticomunismo (15). Recordemos en este

sentido, que para *Fuerza Nueva* el catolicismo constituía uno de los pilares tanto de la civilización occidental como del Estado español instituido tras la Guerra Civil, por lo que cualquier doctrina que cuestionara estos u otros supuestos sería considerada como esencialmente peligrosa. Por otro lado, la idea de unidad nacional, articulada en torno a valores y principios como patria o destino histórico, entraría en abierta colisión, según esta mirada, con aquellas ideologías que de aplicarse supondrían una disolución de esos mismos valores, pues su núcleo de argumentación, al responder a lógicas materialistas y de origen extranjero, desearía el valor e importancia del “alma nacional”. Como se podrá advertir a lo largo del artículo, gran parte de estos enunciados estuvieron presentes en la retórica de *Fuerza Nueva* a la hora de analizar la experiencia socialista chilena.

Respecto de su estructura, este artículo se divide en dos secciones. En la primera de ellas se insertan los alcances y objetivos de *Fuerza Nueva* dentro de un contexto político y comunicacional más amplio, haciendo referencia a la forma en que otras publicaciones españolas también abordaron los años de la Unidad Popular. Se trata de un ejercicio que pone de manifiesto cómo distintas visiones y miradas ideológicas observaron una misma experiencia dentro de un contexto que, aunque mostraba signos de mayor flexibilidad y apertura, se encontraba dominado todavía por un régimen autoritario. La segunda parte caracteriza la visión de *Fuerza Nueva* sobre el gobierno de Allende a partir del eje de análisis y temáticas que se explicitaron anteriormente. Las conclusiones cierran, a modo de reflexión y retomando algunos de los tópicos indicados más arriba, el contenido del artículo.

3. DEL “CHILE COMO METÁFORA” A LA “AMENAZA ROJA.” MIRADAS SOBRE LA UNIDAD POPULAR DESDE LA PRENSA ESCRITA ESPAÑOLA

Una parte significativa del contexto aperturista que imperaba en la prensa escrita española de fines de la década del sesenta y comienzos de los setenta podía reflejarse en la heterogeneidad de miradas con que fue analizada la experiencia socialista chilena. Tan solo el abordaje de este tópico daba cuenta de un cambio importante a nivel cultural y político en el país peninsular. Aunque se trataba de una nación que detentaba todavía un régimen nacionalista, anticomunista y de profunda raigambre católica, resultaba bastante indicativo que se permitiera a la prensa cubrir los pormenores de la llegada de un gobierno socialista al poder y, más aún, seguir su trayectoria vital por espacio de casi tres años. Por cierto que ello se entendía a partir del nuevo

espacio comunicacional que se había creado con las leyes de prensa aprobadas a mediados de los sesenta, y también por el carácter que venía asumiendo la política exterior española de los últimos años: más pragmática y con nuevos enfoques y objetivos hacia otros continentes y zonas del mundo. En dicho proceso jugaría un rol clave el ministro de Asuntos Exteriores Gregorio López Bravo, quien supo imprimirle un sello de mayor renovación y dinamismo a las relaciones ibéricas (Henríquez 91-102). En otras palabras, había un marco generalizado de apertura y cierta flexibilidad para abordar los problemas y experiencias sociopolíticas más relevantes del mundo hispanoamericano, independiente de si la orientación ideológica de las mismas no calzara con los cánones del régimen. Con todo, había énfasis y “juegos de lectura” propios asociados a los medios que retrataron los años de la UP.

Por ejemplo, el semanario *Triunfo* estableció, como apunta la historiadora Sanz-Gavillon, un acuerdo implícito con sus lectores en orden a que las noticias sobre Chile y la Unidad Popular servirían de base para hablar sobre la política interna española. En el marco de un proceso de “cronologías inversas”, la realidad chilena se mostraba como un ejemplo del camino que seguía un país que profundizaba su democracia en contraste con otro, España, que permanecía bajo la férula del franquismo. Es decir, Chile se transformaba en una metáfora importante a la hora de escribir sobre el propio desarrollo político hispano. Paradojalmente, desde mediados de los setenta, dicha cronología volvió a invertirse, pues España, tras la muerte de Franco, comenzó a transitar hacia la democracia, mientras que Chile, otrora ejemplo de un modelo de socialismo democrático e institucional, se hundía bajo la Dictadura de Pinochet (Sanz-Gavillon 50).

El semanario *Cambio 16*, por su parte, enfatizó fundamentalmente en las medidas y problemáticas económicas que aquejaron a la Unidad Popular, situando el punto de análisis en una reflexión más bien técnica –aunque optimista– sobre la marcha del proceso chileno. Tal ejercicio se hizo no solo desde una perspectiva localista, sino que vinculándola a dinámicas y problemas económicos de corte regional o mundial, como fue el caso de las medidas adoptadas por Estados Unidos tras la nacionalización del cobre que realizara el gobierno de Allende en 1971 (Anllo, “Chile con pena”).

Desde una perspectiva que invitaba a una reflexión más de fondo sobre el significado del gobierno de Allende *Cuadernos para el Diálogo* analizó, entre otras cosas, las verdaderas posibilidades de que dicho proyecto se transformase en un ejemplo modélico para el mundo occidental. A través de sus páginas se pudo observar un despliegue relativamente heterogéneo de voces que analizaban la realidad chilena y sus vicisitudes más apremiantes. Como apunta Javier Muñoz

Soro, dicho despliegue estaba directamente influenciado por los debates al interior de la revista entre sus distintas corrientes políticas, tanto demócratacristianas como socialistas (293).

Desde la prensa escrita periódica cabe destacar los casos de *ABC* y *La Vanguardia*. En el primero de ellos se pudo advertir una mirada que transitó desde una cierta ambigüedad y expectación, al iniciarse el gobierno de Allende, hacia una crítica frontal del mismo, sobre todo desde 1971 en adelante. Resulta indicativo apuntar, en este sentido, que el corresponsal permanente de ABC en Santiago de Chile –quien firmaba bajo el seudónimo de “Veritas”– fuese el abogado y político chileno Jorge Iván Hübner, ex diputado del Partido Conservador y militante, tras la disolución de esta colectividad, del derechista Partido Nacional. En el caso de *La Vanguardia*, se observó una postura más matizada respecto al gobierno de Allende, procurando un foco informativo de tono formal para dar cuenta de los principales acontecimientos. De hecho, en este rotativo predominarían las notas que seguían la clásica estructura de la prensa escrita, sin incluir prácticamente columnas de opinión o comentarios sobre dichos eventos, salvo en contadas ocasiones. Cabe señalar asimismo que la mayor parte del material informado por este medio correspondía a los despachos redactados por la Agencia EFE desde la capital sudamericana.

Como se podrá advertir, *Fuerza Nueva* se situaba en un marco orientativo y estratégico esencialmente distinto al de las publicaciones arriba consignadas. Quizás compartía por momentos el énfasis de *Triunfo* en orden a utilizar el caso chileno como pretexto para hablar de la propia realidad española. Así, por ejemplo, se criticaría a los sectores aperturistas del régimen que mostraban cierto pragmatismo en política exterior y particularmente hacia el gobierno de la UP, como fue el caso del ya mencionado Ministro de Asuntos Exteriores Gregorio López Bravo (Giménez, “Chile no es”). Pero el énfasis fundamental para esta publicación, recordemos, consistía en señalar que la Unidad Popular, y la izquierda chilena en general, representaban un ejemplo nítido de la expansión del comunismo internacional en la región latinoamericana, por lo que no cabía ninguna posibilidad de hacer concesiones –como sí lo esbozaban otras publicaciones– respecto a dicho proyecto. América Latina se había transformado, según este medio, en una zona donde parecía acechar, tras la revolución cubana y la llegada de Allende al poder, la “amenaza roja”.

4. MIRADAS Y ANÁLISIS DE *FUERZA NUEVA* SOBRE LA UNIDAD POPULAR. EL COMUNISMO A LA “CAZA DE CHILE” EN LOS MESES INICIALES DE LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

Para un número significativo de publicaciones, resultaba difícil establecer *a priori* un vínculo directo, y más aún documentado, entre la Unidad Popular y la Unión Soviética, o lo que es más sugerente afirmar que Chile se transformaría a partir de 1970 en una base del comunismo soviético en la región. Es cierto que existía un campo ideológico medianamente compartido entre ambos países y que el Partido Comunista de Chile mantenía muy activas sus vías de comunicación con Moscú. Sin embargo, la realidad chilena distaba, en sus líneas matrices más esenciales, del modelo de socialismo –y con ello de sus vías estratégicas– que imperaba en la URSS. La experiencia de la Unidad Popular había llegado al poder mediante los procedimientos electorales consagrados en la Constitución, respetando cada una de las instancias y mecanismos institucionales establecidos. Más aún, este gobierno enfatizaría en que las transformaciones que se llevarían a cabo se harían sobre la base del apego a la legalidad vigente, lo que significaba, entre otras cosas, reafirmar el principio de respeto por los derechos de la oposición y las libertades políticas en general. Mirado desde este ángulo, se podría advertir que dentro de los propósitos centrales de la Unidad Popular no estaban “el asalto al palacio de invierno” ni tampoco la instauración de la dictadura del proletariado. Convendría recordar, inclusive, que fue el gobierno del demócratacristiano Eduardo Frei Montalva (1964-1970) el que reanudó las relaciones diplomáticas entre Chile y la Unión Soviética, estableciendo a partir de entonces una serie de intercambios comerciales y convenios que servirían de base para futuras negociaciones (Pacheco y Holguer).

Independientemente de estos antecedentes, *Fuerza Nueva* consideraba que el gobierno de la Unidad Popular representaba un eslabón más dentro del proceso de expansión del comunismo por América Latina, cuyo principal promotor y sostén ideológico era la Unión Soviética y desde la región Centroamericana su base satelital, Cuba. Tal apreciación revelaba una estrategia discursiva más bien monolítica que a partir de un enunciado general visualizaba el resto de los fenómenos y problemáticas. Así, tópicos como la economía, las reformas sociales o los cambios institucionales que se discutían en el seno de una sociedad que transitaba hacia un nuevo esquema de desarrollo remitían, desde la óptica de *Fuerza Nueva*, indefectiblemente hacia el problema del comunismo y sus intentos por instaurar un estado totalitario.

A pocas semanas de realizadas las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970, el columnista José Luis Gómez Tello daba cuenta de la aparente inquietud que existía en un grupo de jefes militares chilenos (sin mencionar de quienes se trataba) por el hecho de que Chile “...se convierta en una segunda Cuba”, en virtud de la escasa diferencia de votos a favor del candidato socialista (Gómez, “Frente popular” 10). A juicio del columnista, la preocupación de los uniformados se refería al horizonte de mediano y largo plazo hacia donde caminaría el país, inquietud que se asentaba sobre la base de una crítica implícita a los mecanismos electorales estipulados por permitir la llegada de un presidente socialista al poder a pesar de una diferencia de votos tan escasa.

Una semana más tarde, *Fuerza Nueva* reproduciría dentro de sus páginas un artículo escrito por el periodista y activista católico brasileño Plinio Corrêa de Oliveira en donde se realizaba un detallado análisis sobre las recientes elecciones chilenas. El objetivo del autor era llamar la atención sobre el hecho de que existía una preocupación manifiesta desde diversos sectores sociales y políticos en torno al “gran avance en Chile” del comunismo. Enseguida, Correa constataba un hecho que a su juicio resultaba alarmante, a saber: que los mecanismos institucionales consagrados en la Constitución Política –los cuales eventualmente podían detener el triunfo de Allende– se encontraban amenazados ante el “golpe de Estado rojo” que los partidarios de la UP pondrían en marcha si el Congreso no ratificaba la victoria del senador socialista. Se trataba, según el columnista, de una marcha segura hacia “la ilegalidad y, por tanto, hacia la violencia” (Corrêa de Oliveira, “Toda la verdad”).

Las palabras de Correa reflejaban con meridiana claridad el temor que imperaba en los círculos anticomunistas de Hispanoamérica ante el resultado parcial de las elecciones presidenciales chilenas, aun cuando ellas no habían definido de forma categórica el triunfo del candidato de la UP.⁵ A decir verdad, las cifras que las urnas arrojaron el 4 de septiembre abrieron un panorama más bien incierto respecto al futuro político de la nación andina. Como se sabe, la mayoría relativa obtenida por Allende no significaba que el Congreso Pleno fuese a ratificar *a priori* su nombre como Presidente electo de la República.

5 Representativo de este temor por el triunfo de Allende fueron algunas crónicas o columnas de la prensa periódica latinoamericana, como el artículo de Fernando Morduchowicz, “La elección chilena” aparecido en la revista argentina *Análisis*, 08-09-1970, o el editorial del periódico colombiano *La República* titulado “Ingenuidad democrática”, 11-09-1970. En ambos casos se manifestaba una preocupación mayúscula por la orientación ideológica de la Unidad Popular, la cual, a juicio de los autores citados, acercaba indefectiblemente a Chile hacia la órbita del socialismo soviético.

Podía inclusive votar por la segunda mayoría, Jorge Alessandri, en un acto totalmente legal y apegado a la Constitución.⁶ Lo que sucedería en Chile a partir de entonces fue la apertura de un periodo de conversaciones y acuerdos entre las fuerzas políticas, a efecto de consensuar una mayoría clara que ratificara al primer mandatario en la sesión del Congreso Pleno que se efectuaría a fines de octubre. Como sabemos, tales conversaciones –y tras efectuarse un compromiso por parte de la UP en orden a firmar un acuerdo de garantías constitucionales– llevaron, en definitiva, a un apoyo de los parlamentarios demócratacristianos en favor de Allende.

Parte de este complejo ambiente fue recogido por *Fuerza Nueva* a partir de un artículo nuevamente editado en el exterior y que fue reproducido en sus páginas centrales. Se trataba del texto “¿Chile, marxista...?” escrito por Juan Antonio Widow en la revista chilena *Tizona*.⁷ El autor, además de responsabilizar a la Democracia Cristiana y sobre todo a la derecha por el resultado electoral, indicaba que el principal peligro que acechaba al país en esos momentos sería: “...la inminente instalación de un régimen marxista-leninista” cuestión que se graficaría en la actuación de las células del Partido Comunista y de los comités de la Unidad Popular como verdaderos “centros de poder, es decir, como auténticos soviets en gestación madura.” (Widow, “¿Chile” 15) De este modo, la importancia que le asignaba Widow a estas formaciones radicaba en lo que a su juicio constituía uno de los ejes estratégicos del comunismo, a saber; que el poder no se encontraba necesariamente en las instituciones formales del sistema, sino en la acción mancomunada de los órganos y grupos que podía coordinar y manejar el Partido Comunista. Desde este punto de vista, la agitación social generada por la coyuntura electoral de septiembre, y que en realidad se insertaba dentro de procesos de movilización política más amplios y preexistentes, fue entendida por Widow únicamente como parte de una estrategia ideológica liderada por el comunismo en su afán de alcanzar el poder.

Es importante constatar también que en los énfasis explicitados por los columnistas y colaboradores de *Fuerza Nueva* se reservara un espacio destacado para criticar a la Democracia Cristiana por su eventual responsabilidad en el

6 Según la Constitución Política de 1925 vigente entonces en Chile, si ninguno de los candidatos presidenciales obtenía la mayoría absoluta de los votos, sería el Congreso Pleno quien elegiría al Presidente de entre las dos primeras mayorías. Tradicionalmente se había escogido al candidato que había obtenido el primer lugar. Sin embargo, como señalamos arriba, ninguna norma legal impedía que el Congreso escogiese a la segunda mayoría.

7 *Tizona* fue una revista chilena de orientación conservadora y antiliberal. Fue fundada a fines de los cincuenta por un grupo de estudiantes influenciados por el sacerdote Osvaldo Lira S.S.CC., entre los que se encontraba el propio Widow. Tras un receso de casi diez años, la revista volvió a aparecer, con mayor difusión, entre los años 1969 y 1974 (Garay y Díaz, “TIZONA” 215-238).

triunfo de Allende. Con cierta periodicidad se acusaba que este partido y sus líderes habían pavimentado el ascenso del comunismo al poder, sobre todo por plantear y ejecutar transformaciones que rozaban un ideologismo muy cercano al marxismo, creando de este modo un ambiente propicio para el despliegue del programa radical de la izquierda. Más aún, su actuación en la coyuntura presidencial reciente, vista por *Fuerza Nueva* como esencialmente pasiva, hacía recordar los sucesos que en 1917 decantaron el ascenso de los soviets al poder en Rusia bajo la administración del socialista moderado Kerenski. Fue precisamente este el tenor de la crítica que un columnista, que firmaba bajo las siglas C.I.D.E., explicitó en un texto aparecido en la edición del 7 de noviembre de 1970, cuando se cumplían apenas cuatro días desde la asunción de Allende al poder. En dicha columna se sostenía que tras los comicios, la DC quedaba reducida a desempeñar el “triste” papel de Alejandro Kerenski, lo cual implicaba “...la instauración de otra dictadura comunista” (36).

Pero las analogías históricas no se remitieron exclusivamente al eje Chile-URSS, sino que también utilizaron el caso español como punto de referencia, y más específicamente en relación al complejo periodo por el que atravesó el país ibérico en la década del treinta. Pocas semanas después de asumido el gobierno de Allende, desde *Fuerza Nueva* se declaraba que dicha administración se había construido a “imagen” del frente popular; una invención, enfatizaba este medio, “típicamente comunista” que ya se había observado en algunos países del orbe y con especial dramatismo en España. Afortunadamente, continuaba la crónica, en este último caso la experiencia frentepopulista no pasó más allá de 1936 gracias a la acción “...del Ejército, la Falange y los tradicionalistas” (“A imagen” 37). De modo muy temprano, como se puede advertir, la publicación nacionalista insertó la experiencia española como un elemento de análisis instrumental que permitía leer y entender la realidad chilena desde perspectivas fácilmente asimilables y reconocibles para el público español. El énfasis fundamental, en este sentido, fue homologar la Unidad Popular al Frente Popular español de los treinta, y así posicionar a los actores políticos de la experiencia que se vivía en Chile dentro de un marco interpretativo común, es decir, como una historia que se volvía a repetir y de la cual ya se sabían sus consecuencias y resultados.

Lo anterior fue una temática subsidiaria, aunque no menos presente, respecto al eje central con que este medio interpretó los años de la UP y que se refería al posicionamiento geopolítico de Chile detrás de la órbita soviética. A fines de 1970, en un artículo publicado el 19 de diciembre por Emilio Camus, se enfatizaba en este tópico al sostener que tras la llegada de Allende al poder se haría evidente el alejamiento de este país respecto a Estados Unidos. Bajo su óptica, tal reacomodo “empujará a Chile hacia la Unión Soviética” lo que a nivel

sudamericano significaría quedar expuestos a la “influencia comunista” a través de la utilización específica de “bases soviéticas” en algunos puertos (13).

Una interpretación similar, en orden a que Chile estaba siendo satelizado por la URSS, se observó en el marco de la implementación de algunas medidas –o en su defecto, en la sola enunciación de las mismas– por parte del gobierno de Allende. Así, por ejemplo, cuando la UP propuso crear los denominados Tribunales Populares (que consistían en instancias de carácter vecinal a objeto de poder resolver ciertas disputas locales), *Fuerza Nueva* sostuvo que se trataba de una medida de inequívoca “inspiración comunista”, que en la práctica significaría poder hacer y deshacer a voluntad tras el periodo de “terror” que la “justicia popular” ayudaría a materializar. Con medidas de este tipo, según el columnista José Luis Gómez, el país podía “amanecer comunista sin darse cuenta siquiera” (“Chile y Bolivia” 16). Mirado en su conjunto, los análisis de este medio apuntaban a que Chile avanzaba a pasos agigantados a instaurar un modelo político similar al soviético, donde la dictadura del proletariado y un Estado de rasgos totalitarios serían sus características más distintivas.

Pero las previsiones descritas por esta publicación respecto a un clima de virtual “terror rojo” que estaría acechando a Chile no se condecían totalmente con la realidad de estos primeros meses. La UP se encontraba todavía en una fase expansiva de su programa de gobierno, implementando una serie de medidas que significaron mejoras importantes en algunos segmentos de la población y que fueron acompañadas de una activa movilización social. Recordemos, por otra parte, que el Parlamento y otras instituciones representativas de un Estado democrático funcionaban con normalidad. Inclusive, las elecciones municipales de abril de 1971 refrendaron este clima favorable por el que transitaba la vía chilena al socialismo al otorgarle una mayoría inapelable a los partidos que conformaban la coalición de gobierno.

Sería a mediados de ese mismo año cuando comenzaron a observarse los primeros problemas y un reajuste en la correlación de las fuerzas políticas. El 8 de junio de 1971, miembros de un grupúsculo de extrema izquierda denominado Vanguardia Organizada del Pueblo [VOP] asesinaron al ex ministro demócratacristiano Edmundo Pérez Zujovic, figura de renombre dentro de su partido y amigo personal del expresidente Eduardo Frei Montalva. Tal hecho significaría, además del hondo impacto político que causó, un endurecimiento de la posición de la DC respecto al gobierno, posición que hasta entonces se mostraba como dialogante y proclive a suscribir ciertos acuerdos con el Ejecutivo. Del mismo modo reaparecía en escena, tras un periodo de repliegue, la estrategia confrontacional del derechista Partido Nacional orientada a posicionarse como un dique de contención frente al proyecto socialista. En pocos días un ambiente

de mayor tensión y agitación comenzó a correr en el país, observándose el despliegue de una vertiente opositora más dura –con sus respectivas bases sociales detrás– en contra del gobierno.

Desde las páginas de *Fuerza Nueva* se tomaría nota de gran parte de estos sucesos. El crimen de Pérez Zujovic, por ejemplo, fue insertado dentro de un proceso más amplio, caracterizado, según este medio, por los intentos del gobierno en orden a “sovietizar” al país. Fue nuevamente José Luis Gómez quien sustentaría este argumento al señalar que el crimen del ex ministro se vinculaba a un plan de mayor alcance tendiente a crear una atmósfera especial “de terror y violencia” que permitiera “marxistizar” al país, creando para estos efectos algunas instituciones de claro matiz soviético como la denominada Asamblea del Pueblo (“Chile: La izquierda asesina”). En otras palabras, no era posible, a juicio del columnista, separar el desarrollo del proceso de transición al socialismo de la cuota de violencia y extremismo que le era inherente a toda experiencia comunista, y que en este caso en particular, materializaría el gobierno de Allende y los sectores más adictos al régimen. Adicionalmente, el autor sostenía que aquellas versiones que circularon en algún momento respecto a que el crimen de Pérez Zujovic fue cometido por sectores de la derecha chilena, hacían recordar el caso del asesinato del exministro y jurista español José Calvo Sotelo, ocurrido en 1936, a manos, según Gómez Tello, del gobierno frentepopulista de Madrid, el cual también culpó en su momento a la derecha. Como se puede advertir, nuevamente la analogía entre distintos hechos históricos, enmarcados en las experiencias populares hispano-chilenas, se utilizaba como un instrumento para hacer más inteligible el análisis y la lectura de la realidad del país sudamericano.

Los argumentos arriba descritos no se nutrían, en todo caso, únicamente de la implementación local del programa socialista y sus eventos más domésticos. Las relaciones hemisféricas y los contactos políticos entre los principales líderes de la región también incidieron en la reafirmación de las críticas de *Fuerza Nueva* respecto a la verdadera orientación del proyecto allendista. En ese marco, la visita de Fidel Castro a Chile a fines de 1971 proporcionaría diversos elementos de análisis sobre las relaciones estratégicas entre este país y la isla caribeña. En la columna publicada a propósito de este encuentro, en diciembre de ese año, Gómez Tello recalcaría dos ideas centrales. En primer término, que el viaje de Fidel Castro, a pesar del respeto que manifestaría por la particularidad del proceso chileno, se insertaba dentro de un plan más extenso y de antigua data tendiente a expandir la revolución comunista a lo largo de Latinoamérica. En efecto, las relaciones con la Venezuela de Betancourt al iniciarse los sesenta y el papel que desempeñara el Che Guevara en distintos países como Brasil y Bolivia constituían parte significativa de ese plan. En segundo lugar, Gómez Tello señaló

que las referencias provenientes desde cierto sector de la prensa sobre el proceso político chileno y que destacaban su legalidad y tránsito pacífico al socialismo eran interpretaciones oblicuas de una realidad más compleja y peligrosa. A juicio del columnista, el proceso de “marxistización y bolchevización” en Chile seguía paulatinamente en pie, cuestión que se podía verificar, por ejemplo, en presiones constantes a la justicia, la coacción a los estudiantes o los intentos por amordazar a la prensa y debilitar al Ejército. En ese marco, la visita de Fidel Castro fue interpretada por el autor como un apoyo estratégico de primer orden a objeto de profundizar la revolución chilena en su camino hacia el comunismo (“Chile: La América amarga”).

4.1. Fuerza Nueva en los años clave de la Unidad Popular: 1972-1973

Si desde la llegada de Allende al poder en noviembre de 1970, y a lo largo del año siguiente, la iniciativa política estuvo determinada en gran parte por el despliegue y puesta en marcha del programa de gobierno, los años 1972 y 1973 marcarán un cambio significativo dentro de la dinámica social, política y económica que se desarrollaba en el país.

Los éxitos iniciales del gobierno popular se verían confrontados ya de forma nítida en 1972 por una serie de dificultades en áreas tan sensibles como la distribución de bienes o el acceso a insumos de primera necesidad, situación en donde los gremios empresariales, conviene precisar, tuvieron una importante cuota de responsabilidad. En materia política operaban cambios igualmente relevantes, que incidirían en una mayor tensión dentro del ámbito institucional y también en la creación de un clima de mayor polarización y enfrentamiento. El sistema de partidos estructurado desde hacía décadas en torno a tres tercios (izquierda, centro y derecha) fue mutando de forma sostenida en esta nueva etapa hacia un marco bipolar, en donde se observarían dos grandes bloques mutuamente excluyentes; gobierno y oposición. Este último sector estaba mejor cohesionado y nucleado tras una meta común consistente en poner término en el corto plazo al gobierno de la UP, propósito que en la práctica permitía soslayar las diferencias políticas entre sus principales componentes (democratacristianos y nacionales). No se podía observar el mismo espíritu unitario en las filas oficialistas, pues a los problemas derivados de la implementación del programa de gobierno se sumaban diferencias estratégicas en torno a cómo llevar a cabo este proceso o el modo de enfrentar a la oposición. De hecho, hacia fines de 1972, se observó con meridiana claridad que la Unidad Popular se encontraba de facto dividida en dos tendencias. Una era el polo revolucionario –integrado por socialistas, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR (desde fuera

de la UP) y otros grupos menores— que defendía la tesis de acelerar los cambios a efecto de llegar a un escenario de agudo enfrentamiento social que resolviera finalmente el problema del poder. La otra tendencia era el polo reformista, del cual participaban Allende, el Partido Comunista, y otros sectores políticos, y que planteaba consolidar las transformaciones realizadas hasta el momento a partir de un tránsito gradual al socialismo. Como se puede advertir, se había estructurado un cuadro nada auspicioso para un gobierno que luchaba por implementar un proyecto de transformación estructural cada vez más criticado y de proyección incierta, pero que seguía contando con un importante apoyo social en ciertos segmentos de la población.

¿De qué forma visualizó *Fuerza Nueva* estas nuevas dinámicas del proceso chileno? A decir verdad, no hubo cambios significativos en los ejes de análisis que esta publicación había explicitado al respecto. A pesar de los conflictos ya reseñados, la idea en torno a que Chile se convertiría en una base del comunismo internacional continuó formando parte de los análisis con que se miraba la realidad del país sudamericano. Las dificultades y problemas que enfrentaba la vía chilena al socialismo no parecían constituir un obstáculo significativo a la hora de avanzar hacia lo que se había denominado desde este medio como “bolchevización” de Chile. Más aún, algunas de las medidas que adoptaba el gobierno de la UP a efecto de hacer frente a la ofensiva opositora [gremial y política] fueron interpretadas por *Fuerza Nueva* como intentos por acallar la disidencia y profundizar la colectivización marxista del país.

Representativo de lo anterior fue la columna de J. L. Gómez Tello publicada a comienzos de abril de 1972, en donde se criticaba duramente el accionar del gobierno en el contexto de la denominada “marcha de las cacerolas vacías” verificada el 1 de diciembre del año anterior. Como se sabe, tal manifestación fue protagonizada por miles de mujeres que reclamaban por los problemas de escasez de alimentos que ya se evidenciaban en algunas zonas y barrios de la capital. El desfile femenino, se recordará, estuvo resguardado por miembros de la Juventud de la Democracia Cristiana y grupos de choque de la oposición como Patria y Libertad y la Brigada Rolando Matus perteneciente al Partido Nacional. Pasadas las horas, la manifestación derivó en cruentos incidentes entre las manifestantes, los grupos opositores, los partidarios del gobierno que también salieron a la calle, y las fuerzas de Carabineros encargadas de resguardar el orden público. Fue tal el grado de violencia y polarización que los desórdenes se extendieron hasta la madrugada del día 2, dejando un saldo de decenas de heridos y cientos de detenidos. A juicio del columnista, lo representativo de dicho acontecimiento fue el accionar de las “milicias armadas comunistas y marxistas” que se “ensañaron” contra las mujeres que protestaban, todo lo cual ocurrió con la anuencia y “pasividad” de la fuerza

pública y el Gobierno. Adicionalmente, el autor recalcaría una vez más que los planes del gobierno, cualquiera fuese su orientación y resultados, no representaban más que “manipulaciones legales” a objeto de implantar el socialismo según el “modelo soviético” (“Allende o la legalidad”).

A inicios de septiembre de 1972, bajo un clima enrarecido por la polarización política y social entre opositores y partidarios del gobierno y un proyecto de transformación estructural cada vez más difícil de aplicar, los redactores de *Fuerza Nueva* insistían en los riesgos de marxistización por los que atravesaba Chile. En una columna sin autor conocido se refería que las protestas del gremio de los comerciantes minoristas contra la política de requisiciones llevada a cabo por el gobierno eran el resultado de la puesta en práctica de una política económica inspirada en la “doctrina marxista” que constituía la plataforma ideológica del ejecutivo, cuyo propósito fundamental, se afirmaba, continuaba siendo la “bolchevización paulatina de Chile.” (“¿Qué pasa en Chile?” 25).

El énfasis anterior fue reafirmado hacia fines de ese año en el marco de la gira presidencial de Allende por diversos países, entre ellos Cuba y la Unión Soviética. Recordemos que dicho viaje, materializado a partir de la segunda mitad de noviembre de 1972, se produjo en un momento particularmente sensible para el proyecto socialista. En octubre se había producido una contundente paralización gremial (de transportistas y otros sectores productivos) que por espacio de casi un mes tuvo en jaque la capacidad operativa del gobierno, dejando cuantiosas pérdidas materiales para el país. Gómez Tello, intentando nuevamente acercar la realidad chilena al público lector español, señalaría que las notas de prensa de la televisión española referidas a estos hechos mostraban un cuadro de enfrentamiento social y político “digno de la España marxista de 1936” (“La quiebra” 25). Desde el punto de vista del oficialismo, la gira de Allende buscaba mostrar una imagen de normalidad institucional y social de Chile en el exterior, pero también extender las relaciones comerciales con algunos países y solicitar, como se hizo con la URSS, créditos frescos para hacer frente a una alicaída economía. También se aprovechó la resonancia internacional de este viaje para denunciar lo que a su juicio eran las acciones de desestabilización efectuadas por la oposición nacional y extranjera, a través de grandes corporaciones económicas –como la ITT– en contra de la vía chilena al socialismo.

Para *Fuerza Nueva*, claro está, la gira del primer mandatario fue leída desde una óptica muy distinta. En el análisis que hiciese José Luis Gómez Tello a fines de diciembre, se indicaba que dicho viaje tuvo como consecuencia principal la consagración internacional de Allende dentro de la órbita comunista gracias a sus esfuerzos por haber “...instalado en el hemisferio hispanoamericano una nueva cabeza de puente marxista” (“La apoteosis” 26). Para reforzar esta idea, el

columnista estableció más adelante un notable paralelismo entre el significado estratégico de Chile y Cuba dentro del ámbito de las relaciones hemisféricas, pues a su juicio con Castro en el Caribe y Allende en el país andino, “el comunismo dispone de dos plataformas de ataque a toda América Central y del Sur” (“La apoteosis” 26). De este modo, Allende se ganaba, a juicio de Gómez Tello, los aplausos de “Moscú y [de] La Habana” (“La apoteosis” 26).

Para 1973, año clave en el desarrollo de la vía chilena al socialismo, los énfasis de *Fuerza Nueva* en relación a Chile no cambiaron sustancialmente respecto al año anterior. La idea matriz desplegada por esta revista fue advertir y demostrar que Chile caminaba sostenidamente hacia el comunismo totalitario. Tal como aconteciera en las coyunturas precedentes, las medidas y estrategias que la UP desplegó a efecto de mantener la iniciativa política, el desarrollo de su programa de gobierno y, al mismo tiempo, hacer frente al accionar opositor –ahora nucleado en su vertiente política en la Confederación Democrática [CODE]– fueron entendidas por esta publicación como meras estrategias de un diseño mayor tendiente a la implantación de un modelo marxista en el país. Inclusive, coyunturas complejas de analizar a partir de un juicio taxativo – como los comicios parlamentarios de marzo de 1973– en donde la oposición porcentualmente ganó la elección pero el oficialismo demostró un incuestionable apoyo social, fueron leídas a partir de las claves ya reseñadas.

Como era habitual, fue José Luis Gómez quien desde su tribuna internacional comentaría precisamente las elecciones chilenas, destacando que, a pesar de las cifras en contra que tenía el gobierno, seguía en marcha el plan de “bolchevización de Chile”, ahora de modo algo más pausado y “guardando las formas”. Sin embargo –continuaba el columnista– cuando la unidad nacional ya estuviese suficientemente erosionada por la acción del gobierno, se pasaría a la segunda parte de la operación, consistente en reformar la Constitución “burguesa” creando instituciones a imagen y semejanza del modelo soviético, como el “parlamento popular” y otras de igual tenor, finalizaba Gómez (“Chile: La falsa victoria” 29).

Desde una mirada más continental, Ricardo Horcajada analizaba el difícil momento por el que atravesaba Chile a partir del dilema que significaría para el país andino debatirse entre el dominio de los “oligarcas capitalistas” o el de los “demagogos comunistas”. A su juicio, ni los valores del capitalismo – que producían una sociedad de consumo desmesurada–, ni los principios del comunismo, “auténticos sepultureros de la libertad”, podían considerarse como alternativas válidas para la región americana. Únicamente, insistía Horcajada, la formación de una “unidad histórica común” que enriqueciera espiritualmente al continente constituiría la llave para avanzar en su progreso y desarrollo (“Chile: un segundo Cuba” 28). No se trataba, claro está, de un enunciado totalmente

acabado en su formulación conceptual, sin embargo aquel dejaba traslucir una conexión con ciertas vertientes del nacionalismo antiliberal europeo, especialmente francés, que desde fines del siglo XIX en adelante ya había elaborado algunas ideas en torno a los conceptos de unidad, destino histórico y estado corporativo (Perfecto). La continuación natural de tal formulación, en lo que respecta a la presencia de componentes ideológicos ajenos a la tradición cultural y material de Latinoamérica, y que para Horcajada no son otros que el comunismo y el capitalismo, estaría dada por el peligro que estos elementos representan en tanto detonantes de un proceso irreversible de alteración o disolución de la nacionalidad.

Desde la sección internacional de *Fuerza Nueva*, José Luis Gómez también establecería algunos puntos analíticos que relacionaban la realidad chilena con otros espacios regionales. En este caso en particular, el autor realizó un análisis comparativo de los sucesos ocurridos en Chile y Uruguay a partir de la segunda quincena de junio de 1973 (“El drama de Chile”). Recordemos que en el caso de este último país, las Fuerzas Armadas, en complicidad con el Presidente constitucional Juan María Bordaberry, procedieron a dar un golpe de estado bajo el argumento de requerir poderes especiales para combatir la subversión del grupo guerrillero Tupamaros. A partir de entonces, bajo un férreo estado de excepción institucional y con el Congreso clausurado, se implementaron una serie de medidas de fuerza que permitieron el accionar represivo de las autoridades civiles y militares. Se trataba, como sabemos, de los inicios de la dictadura militar uruguaya que se extendería hasta 1985. En el caso de Chile, la situación era algo más compleja. El día 29 de junio, un regimiento de blindados de la capital se sublevó en contra del gobierno esperando la adhesión del resto de las unidades militares del país, situación que finalmente no ocurrió. Ello marcó el fin del connato militar tras unas horas de tenso combate armado en las inmediaciones del palacio presidencial entre los sublevados y las fuerzas leales al gobierno de la UP, dirigidas estas últimas por el propio comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats.

Para Gómez, lo sucedido en Uruguay era indicativo del accionar “patriótico” de las Fuerzas Armadas que se habían constituido, junto a Bordaberry, en un dique de contención de la guerrilla comunista tupamara. En dicho proceder, lo más importante a juicio del columnista había sido que el movimiento cívico y militar uruguayo procedió a atacar el problema de la subversión en las raíces mismas del “cáncer”, esto es, acabando con la complicidad y pasividad de la clase política que había permitido el despliegue de la retórica y accionar de los guerrilleros (“El drama de Chile” 14). En el caso de Chile, la frustrada sublevación militar se podía interpretar, según Gómez, recurriendo a una analogía con los días más intensos de la Revolución Rusa de 1917. A su juicio, el papel desempeñado por el comandante en

jefe Carlos Prats recordaba el accionar del general ruso Kornilov, quien apoyando primero a Kerensky –para evitar el accionar de los militares anticomunistas–, y luego, actuando sobre estos mismos y el propio Kerensky, terminaría por abrir las puertas al triunfo de los bolcheviques liderados por Lenin (“El drama de Chile” 13). Bajo esta premisa, la clase política chilena fue asimilada a la del parlamento ruso de aquel entonces, el cual aún siendo mayoritariamente anticomunista, no había ofrecido una resistencia real y consistente al “avance rojo”. De este modo, la situación chilena verificada el 29 de junio, fue leída por el columnista en clave de analogía histórica a partir del que a su juicio era el equívoco proceder de Prats (“émulo de Kornilov”) y el accionar pasivo de un parlamento que no iba más allá de los discursos y declaraciones, mientras el comunismo acechaba desde todos los rincones. Parecía que Chile estaba ad portas, siguiendo a Gómez, de su propia revolución bolchevique.

Sin embargo, en las semanas que precedieron el golpe militar del 11 de septiembre, se habían producido algunas modificaciones sustanciales del cuadro social y político que en ningún caso hacían suponer una contraofensiva revolucionaria por parte del gobierno. Desde mediados de agosto era evidente, como ha señalado Luis Corvalán Marquéz, que la izquierda estaba formalmente derrotada, pues ninguna de sus dos líneas estratégicas había logrado hegemonizar a la otra –lo que acentuaba la división interna– mientras que el Ejecutivo había perdido completamente su capacidad de iniciativa y conducción política (381). A lo anterior se sumaban sendas paralizaciones gremiales, igual de contundentes que las de octubre de 1972, y una ofensiva institucional proveniente desde un parlamento controlado en sus dos cámaras por la oposición.

Desde *Fuerza Nueva* se insistiría de todos modos que este complejo escenario respondía inequívocamente a los intentos de la UP por continuar en su plan de “marxistización” del país y no como la evidencia de un régimen que llegaba a su fase final de existencia. Los tópicos abordados por esta revista en la edición publicada solo días antes del golpe militar del 11 de septiembre fueron bastante indicativos al respecto. En relación al debate sobre la posibilidad que tenía el Parlamento de destituir a Allende –discusión que se arrastraba desde hacía varios meses– J. L. Gómez sostuvo que la imposibilidad de proceder en esa dirección, al no contar la oposición con los dos tercios de los votos necesarios, reflejaba cómo un tecnicismo legal contribuía en los propósitos del gobierno, pues se procedía a cubrir con un manto de “legalidad” y operatividad democrática la “bolchevización” del país (“Nueva táctica marxista” 10).

La materialización de estos planes, según el análisis del columnista, no obedecía en todo caso a meras conceptualizaciones abstractas y alejadas de la realidad. Por el contrario, aquella se escenificaba día a día a través, por ejemplo,

del accionar de numerosos activistas afines al régimen. Según Gómez, personajes como Sergio Aranda, Ricardo Rodas, Jaime Barrios, Steffanka Novy y otros, identificados erróneamente como asesores y consejeros del gobierno, eran en realidad “agentes del comunismo internacional”, quienes a través de su imbricación dentro del aparato público y en connivencia con los técnicos del gobierno socialista habían contribuido en crear las condiciones necesarias, de miseria y hambre, que facilitaban la “bolchevización del país” (“Nueva táctica marxista” 12).

La edición de *Fuerza Nueva* correspondiente al 15 de septiembre de 1973 no abordó el golpe militar en Chile. Con seguridad dicha edición ya estaba redactada y lista para su circulación cuando se conocieron los graves sucesos del país sudamericano. Habría que esperar hasta la edición N° 350 del 22 de septiembre para conocer las impresiones de esta publicación. En su portada destacaba un titular que ya comentamos al inicio de este artículo; “Chile: No fue un golpe; fue un alzamiento”. En el editorial respectivo, en tanto, se criticaba ácidamente el tratamiento de la prensa internacional y nacional respecto del caso chileno, la cual en su mayoría condenaba tácitamente el golpe de estado, al tiempo que rendía tributo a la memoria del Presidente Salvador Allende. En la visión de *Fuerza Nueva*, se trataba de un caso “deplorable de desinformación” que en todo caso servía para corroborar dónde estaban los amigos del régimen franquista y dónde sus enemigos, entendiéndose que quienes mostraban su rechazo al golpe y se inclinaban ante la muerte del líder socialista se situaban en el bando opositor al franquismo. Respecto al fallecido mandatario chileno, el editorial precisaba en algunas de sus características personales y políticas: “...ateo, masón, visitante asiduo de la URSS, de cuyo comunismo internacional fue fiel servidor”, apuntaba el semanario (“Posturas que no engañan” 5).

También se incluyeron en esta edición otras imágenes y crónicas sobre los acontecimientos del día 11 de septiembre. En una de ellas se reproducía una fotografía que mostraba un antiguo saludo protocolar entre el Presidente Allende y el Cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, en un encuentro no muy distinto al que el líder de la Iglesia Católica chilena había sostenido, en su momento, con todos los expresidentes chilenos. Para *Fuerza Nueva*, sin embargo, se trataba de un apoyo implícito hacia el gobierno popular, “un triste ejemplo de una más triste colaboración que provocó, entre otras cosas, el derrumbe de la paz social” (“De acuerdo con los tiempos” 28), sentenciaba el pie de página.

Por su parte, la sección internacional a cargo de José Luis Gómez abriría su análisis con un titular significativo respecto al rol que habían cumplido las Fuerzas Armadas en la reciente coyuntura: “Chile se salvó” (29-31). Como era de esperar, el grueso del análisis de este columnista se centró en los tópicos ya habituales con que se miraba el proceso político de este país, intentando

establecer eso sí algunas conexiones con otros temas y contextos de modo de acercar y hacer más inteligible el caso chileno al público lector de *Fuerza Nueva*. Así, por ejemplo, se indicaba que el gobierno de Allende había representado en realidad un Frente Popular exactamente igual al que se articuló en España en 1936 y contra el cual se alzaron "...el Ejército, la Falange, los Tradicionalistas [y] la masa de españoles católicos" ("Chile se salvó" 29) a efectos de alejar la amenaza del comunismo. Enseguida, Gómez Tello recordaba cómo Allende y su gobierno se encontraban indisolublemente ligados al comunismo internacional. Al fallecido mandatario lo caracterizó como un "Kerensky chileno" que había hecho grandes esfuerzos para abrir el camino al marxismo, no tan solo en Chile sino también en América del Sur. Así, el apoyo de Allende a Régis Debray y su amistad con Fidel Castro eran, a juicio del columnista, evidencias irrefutables de dicho propósito. El comentario internacional se cerraba con una crítica hacia los sectores demoliberales y "compañeros de viaje" del proyecto socialista que manifestaban, según el autor, una inexplicable preocupación por el extinto mandatario y no, en cambio, por el destino del pueblo chileno que había estado a punto de ser "reducido a la esclavitud por el comunismo." ("Chile se salvó" 31)

Como era de esperar, la Unidad Popular, a pesar de su trágico fin, continuó presente en los análisis y perspectivas de *Fuerza Nueva* en las semanas posteriores al golpe de estado. Diversos artículos aparecidos entonces tuvieron como eje transversal realizar balances críticos de la experiencia socialista, insistiendo en la verdadera naturaleza del régimen chileno y sus intenciones por instaurar un modelo comunista de corte totalitario (Fuentes 13). No sería extraño, por ejemplo, que esta publicación reprodujera in extenso algunos antecedentes del denominado Plan Z, un supuesto diseño programático de la UP –de carácter secreto y encontrado, según se dijo, por las autoridades militares en algunas oficinas que ocupaban personeros del fenecido régimen socialista– tendiente a dar un autogolpe eliminando violentamente a miembros de la oposición y de las Fuerzas Armadas (Gómez, "Como en España").

En ediciones publicadas entre noviembre y diciembre, en tanto, se reservó un espacio para exponer los testimonios de personajes que habían vivido personalmente los recientes acontecimientos ocurridos en Chile. El más destacado de ellos fue sin duda el dado al abogado chileno Pablo Rodríguez Grez, líder del Frente Nacionalista Patria y Libertad. *Fuerza Nueva* dedicó dos ediciones distintas a recoger las impresiones del dirigente chileno, primero, a través de una entrevista y posteriormente con la reproducción casi íntegra de su intervención realizada en la sede central de la colectividad española. En ambos casos, Rodríguez reafirmaría el carácter nacionalista de la intervención militar, al tiempo que miraba el conjunto de los procesos sociales y políticos ocurridos

recientemente en Chile como una crisis sistémica de la democracia liberal (Villamea, “Pablo Rodríguez: Mensajero” 8-10; Villamea, “Pablo Rodríguez Grez” 34-36). Se trataba, en definitiva, de énfasis muy similares a las bases ideológicas que sustentaban la orientación de la revista española y que se habían esgrimido periódicamente a la hora de confrontar al gobierno de Salvador Allende, identificado como un producto genuino del comunismo internacional.

En otros medios escritos se pudo observar mayor moderación y perspectivas más sugerentes para entender los recientes acontecimientos ocurridos en Chile. Desde *Sábado Gráfico*, por ejemplo, José Ramón Alonso hacía notar lo que a su juicio era la oleada de irracionalidad e histeria con que se había analizado el golpe militar por parte de algunos columnistas, ya fuese para condenar a Allende y su gobierno, como también para ensalzar de forma desmedida su figura (12). En ese mismo medio, Alfonso Palomares ponía en juego la cuestionable actuación de la derecha económica y política a objeto de cerrarle el paso a la revolución democrática que postulaba Allende (22). En el semanario *Cambio 16*, en tanto, se reunió a un grupo de economistas y politólogos para que analizaran, desde una mirada más bien académica, los acontecimientos ocurridos en Chile. Los puntos de análisis más importantes de esta mesa redonda estuvieron centrados en torno a la viabilidad de las transformaciones impulsadas por el programa socialista de Allende y también respecto a la pertinencia de implementar dicho proyecto dentro de lo que se denominó como “legalidad burguesa” (“Autopsia”). Desde su posición antifranquista, *Cuadernos para el Diálogo* realizó un análisis similar al de *Cambio 16*, aunque más extenso y completo. De hecho, esta revista editó un número especial sobre estos acontecimientos en su edición N° 121 correspondiente a octubre. Allí, además de las columnas de opinión habituales, se procedió a consultar a más de veinte personalidades de la vida política y cultural de España, como José Luis Aranguren, José María Gil-Robles, Enrique Tierno Galván entre otros, a objeto de recabar sus impresiones sobre el reciente golpe de estado. A todos ellos se les realizaron únicamente tres preguntas, las cuales buscaban indagar, primero, en las causas y desenlace de lo ocurrido en Chile, para luego inquirir, desde un ángulo más continental, en torno a la relación entre América Latina y los Estados Unidos y también respecto a la viabilidad de un camino democrático al socialismo teniendo en cuenta la reciente experiencia chilena (“Chile a encuesta”).

Como se puede apreciar, se trataba de la puesta en circulación de aquellos “juegos de lectura” que mencionamos al inicio de este trabajo, los cuales indagaron tanto en las particularidades del experimento socialista de Allende, como también en su proyección hacia espacios culturales y políticos situados más allá de las fronteras sudamericanas. En ambos casos se entendía que el proyecto

de la Unidad Popular podía aportar enseñanzas relevantes para el mundo político occidental y sus actores más importantes. Y ello, como se ha podido observar, sería tomado en cuenta no solo respecto a las expectativas –y esperanzas– que se abrieron en 1970 con la llegada de la izquierda chilena al poder, sino también en relación con su dramática derrota en 1973.

5. CONCLUSIONES

El principal eje de análisis con que *Fuerza Nueva* vislumbró la vía chilena al socialismo se centró en describir dicha experiencia como un caso inequívoco de instauración del comunismo de corte soviético en la región sudamericana. Junto a este eje vertebrador se explicitaron otros tópicos como el homologar, en ocasiones, la realidad chilena del periodo 1970-1973 a los años que antecedieron a la guerra civil española. De hecho, resultaría sintomático que en la mayor parte de los análisis y columnas divulgadas por esta revista la Unidad Popular fuese nombrada permanentemente como Frente Popular, en clara alusión a la alianza política constituida en la península ibérica durante los treinta. Como apuntamos anteriormente, se trataba de recursos interpretativos que buscaban acercar la realidad chilena al público español a través de elementos reconocibles e inteligibles para su cosmovisión histórica. En dicho ejercicio, la amenaza del comunismo como fuerza disociadora de la unidad nacional y de los valores culturales de la comunidad occidental, según señalase esta publicación, constituía el eje que permitía reconocer a un enemigo común para ambos países.

También se podría indicar que las críticas hacia algunos dirigentes del gobierno español o medios de prensa que mostraron cierta predisposición frente al gobierno chileno fueron, en el fondo, cuestionamientos hacia las tendencias aperturistas y reformistas que existían en algunos espacios de poder dentro del régimen. Es decir, se utilizó en ocasiones la experiencia chilena para rearticular las críticas –que en el papel iban dirigidas en contra del comunismo internacional– hacia un espacio más doméstico y local. En la práctica, la experiencia de la Unidad Popular operaría como un factor de reafirmación ideológica y estratégica para *Fuerza Nueva*, pues su cerrada oposición al socialismo chileno le permitía distinguirse a cabalidad respecto a aquellos sectores que veían con cierta condescendencia dicho proyecto.

Pero la mirada en torno a la experiencia socialista chilena implicaría algunas limitaciones en los análisis de *Fuerza Nueva*. Desde luego se trataba de una visión monolítica y cerrada que a partir de enunciados generales (como el del peligro de la expansión comunista) interpretaba el resto de los acontecimientos o fenómenos de un

caso en particular. Esto significaba, además de la ausencia de análisis más complejos o heterogéneos en torno a un tema, un desconocimiento importante de algunas dinámicas propias de la cultura política de cada país. Así por ejemplo en el caso de Chile, prácticamente no se hacía ninguna mención a la trayectoria institucional de los principales protagonistas del periodo [la gran mayoría exparlamentarios o ministros de Estado], ni tampoco a las relaciones intrapartidarias entre aquellos o a nivel de colectividades dentro de un sistema político relativamente estable y cohesionado. Para esta revista, la casi totalidad de los partidarios y funcionarios del gobierno de la UP no eran más que activistas del comunismo internacional.

Por otra parte, la inclusión con cierta regularidad de columnas y artículos editados en Chile y reproducidos en las páginas de *Fuerza Nueva* podría indicar la existencia de una red intelectual de sectores nacionalistas, existentes en uno y otro país, que intercambiaban periódicamente sus puntos de vista sobre diversas áreas del acontecer nacional. Hasta ahora, los análisis han destacado mayoritariamente los vínculos e intercambios intelectuales entre organizaciones críticas del sistema capitalista, pertenecientes en general, a tendencias de izquierda o antiimperialistas y asentadas sobre todo en regiones como América Latina, Asia y África. Estos movimientos, como sabemos, se articularon en su gran mayoría en torno a la idea de revolución socialista, la cual se materializaría fundamentalmente a través de la lucha armada. En ese marco, sus intercambios operaron en torno a redes de cooperación material, logística y de circulación de ideas, todo lo cual se desplegaba dentro de un campo político-cultural medianamente compartido entre estos actores y algunas de sus bases de apoyo más importantes como la Unión Soviética o China, pero que en espacios más acotados podían ser Cuba, Argelia o Vietnam. Lo que podría denominarse como redes intelectuales de extrema derecha se articularon, en cambio, en torno a la idea de contrarrevolución, lo que en la práctica significaba el despliegue de una serie de acciones de carácter refractario –y de alcance continental– respecto a los proyectos de transformación estructural que proponía la izquierda. En dicho propósito también hubo un énfasis cooperativo en torno a circulación de ideas entre diversos grupos de modo de intercambiar percepciones y criterios sobre la contingencia política de cada país.⁸ Ello permitía –como vimos en el caso de

8 Para el espacio europeo de aquellos años, las conexiones entre *Fuerza Nueva* y grupos como el MSI italiano o el Frente Nacional (FN) francés eran bastante conocidas e incluso publicadas por la propia agrupación española. En efecto, figuras como Giorgio Almirante y Gianfranco Fini del MSI y Jean Marie Le-Pen del FN eran asiduos visitantes de la sede de *Fuerza Nueva* en Madrid (Fernández-Villamea 170).

Fuerza Nueva y su sintomática interpretación del Chile de Allende como un periodo similar al de la España republicana de los treinta— acercar realidades aparentemente disímiles entre sí.

Cabe acotar, en último lugar, una precisión respecto al derrotero seguido por algunas de estas redes. En el caso de la izquierda armada, y en particular aquella latinoamericana, su trayectoria vital se vio ensombrecida por la instauración de cuentas dictaduras militares que además de cancelar de facto los proyectos de transformación que impulsaban, persiguieron de forma implacable al grueso de sus militantes obligándolos a actuar desde la clandestinidad. En ese marco, el espacio de operatividad de estos grupos debió desplazarse a Centroamérica o inclusive hacia otras zonas y continentes. Numerosos integrantes de las redes de derecha, en cambio, se insertaron de lleno en las prácticas represivas que las Fuerzas Armadas llevaron a cabo en contra de la izquierda en este mismo periodo, concretando a través de un solo frente lo que Xavier Casals denominó como acción “rectificadora y purificadora” de la nación (138). En otras palabras, si los miembros de las redes de izquierda luchaban por la sobrevivencia diaria, muchas veces en precarias condiciones materiales y humanas, los integrantes de las redes de derecha rearticulaban su cruzada continental en contra del comunismo en torno a la labor represiva que ahora ejercía un Estado controlado por las Fuerzas Armadas.

En el caso particular de *Fuerza Nueva*, se podría indagar no solo en los nexos intelectuales que aquí se pudieron constatar, sino también en el papel de aquellos actores latinoamericanos que interactuaron con la agrupación hispana, los intercambios materiales y las características de los soportes discursivos empleados tanto en esos años como en periodos de tiempo más extensos e igual de complejos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- “A imagen del Frente Popular”. *Fuerza Nueva*, no. 201, 14 de noviembre de 1970, p. 37. Impreso.
- Anllo, Juan. “Chile con pena”. *Cambio 16*, no. 9, 17 de enero de 1972, pp. 35-37. Impreso.
- Alonso, José Ramón. “Carta sin fecha”. *Sábado Gráfico*, no. 851, 22 de septiembre de 1973, p. 12. Impreso.
- “Autopsia de un golpe de Estado”. *Cambio 16*, 1 de octubre de 1973, pp. 37-41. Impreso.
- Bertonha, João y Ernesto Bohoslavsky, compiladores. *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*. Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016.

- Camus, Emilio. “Un nuevo fallo de la democracia”. *Fuerza Nueva*, no. 206, 19 de diciembre de 1970, p. 13. Impreso.
- Casals, Marcelo. *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la «campana del terror» de 1964*. Lom Ediciones, 2016. <https://doi.org/10.4067/s0718-09502016000100001>
- Casals, Xavier. “Redes y dinámicas transnacionales de contrainsurgencia en la América Latina de los años de plomo: “Terror import/export””. *Después del 68: La deriva terrorista en Occidente*, editores Juan Avilés et al., Sílex, 2019, pp. 103-139. <https://doi.org/10.4000/books.ledizioni.314>
- “Chile a encuesta”. *Cuadernos para el Diálogo*, no. 121, octubre de 1973, pp. 30-50. Impreso.
- C.I.D.E. “Allende. Encrucijada para Chile”. *Fuerza Nueva*, no. 200, 7 de noviembre de 1970, p. 36. Impreso.
- Corrêa de Oliveira, Plinio. “Toda la verdad sobre las elecciones en Chile”. *Fuerza Nueva*, no. 194, 26 de septiembre de 1970, pp. 5 y 6. Impreso.
- Corvalán Marquéz, Luis. *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*. Universidad Bolivariana, 2000.
- “De acuerdo con los tiempos”. *Fuerza Nueva*, no. 350, 22 de septiembre de 1973, p. 28. Impreso.
- Díaz Aguad, Alfonso. *La prensa española y Chile: Del gobierno revolucionario a la dictadura militar, 1970-1978*. Tesis Doctoral, Universidad de Alcalá, 2004.
- Díaz, José. *Patria y Libertad. El nacionalismo frente a la Unidad Popular*. Centro de Estudios Bicentenario, 2015.
- Fernández-Villamea, Luis. *Fuerza Nueva en la retina. Biografía gráfica de un movimiento político*. Fuerza Nueva Editorial, 2006.
- Fuentes, Ricardo. “El trágico fin del socialismo”. *Fuerza Nueva*, no. 355, 27 de octubre de 1973, p. 13. Impreso.
- Garay, Cristian y José Díaz. “TIZONA, la aventura editorial de Juan Antonio Widow”. *Razón y tradición. Estudios en honor de Juan Antonio Widow*, editores Miguel Ayuso et al., Globo editores, 2011, pp. 215-238.
- Giménez, Hilario. “Chile: ¿Igual actitud que con Cuba?”. *Fuerza Nueva*, no. 210, 16 de enero de 1971, p. 29. Impreso.
- . “Chile no es una cueca...”. *Fuerza Nueva*, no. 222, 10 de abril de 1971, pp. 30-31. Impreso.
- Gómez Tello, José Luis. “Allende o la legalidad manipulada”. *Fuerza Nueva*, no. 274, 8 de abril de 1972, p. 32. Impreso.
- . “Chile: La América amarga”. *Fuerza Nueva*, no. 257, 11 de diciembre de 1971, pp. 10-11. Impreso.

- . “Chile: La falsa victoria de Allende”. *Fuerza Nueva*, no. 323, 17 de abril de 1973, p. 29. Impreso.
- . “Chile: La izquierda asesina”. *Fuerza Nueva*, no. 233, 26 de junio de 1971, pp. 12 y 13. Impreso.
- . “Chile se Salvó”. *Fuerza Nueva*, no. 350, 22 de septiembre de 1973, pp. 29-31. Impreso.
- . “Chile y Bolivia: Mal camino”. *Fuerza Nueva*, no. 211, 23 de enero de 1971, p. 16. Impreso.
- . “Como en España en 1936”. *Fuerza Nueva*, no. 354, 20 de octubre de 1973, pp. 8-11. Impreso.
- . “El drama de Chile y la esperanza de Uruguay”. *Fuerza Nueva*, no. 340, 14 de julio de 1973, pp. 13-15. Impreso.
- . “El Ejército salva a Bolivia”. *Fuerza Nueva*, no. 243, 4 de septiembre de 1971, p. 13. Impreso.
- . “Frente Popular en Chile”. *Fuerza Nueva*, no. 193, 19 de septiembre de 1970, p. 10. Impreso.
- . “La apoteosis comunista de Salvador Allende”. *Fuerza Nueva*, no. 311, 23 de diciembre de 1972, p. 26. Impreso.
- . “La quiebra del socialismo”. *Fuerza Nueva*, no. 303, 28 de octubre de 1972, p. 25. Impreso.
- . “Lo que se esperaba en la Argentina”. *Fuerza Nueva*, no. 180, 20 de junio de 1970, p. 10. Impreso.
- . “Nueva táctica marxista”. *Fuerza Nueva*, no. 348, 08 de septiembre de 1973, p. 10. Impreso.
- González, Juan Manuel. “La publicidad en la Revista *Fuerza Nueva* (1966-1974): Una aproximación a la financiación de la *oposición franquista* a la evolución del franquismo”. *Historia Autónoma*, no. 2, 2013, pp. 107-126. https://doi.org/10.18239/vdh_2018.07.01
- . “Visiones de la transición portuguesa desde el Búnker franquista: La revista *Fuerza Nueva* y la Revolución de los Claveles (1974)”. *Historia Actual Online*, no. 32, 2013, pp. 107-117.
- Henríquez, María José. *Los mil días Hispano-chilenos 1970-1973*. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Madrid, 2008.
- Horcajada, Ricardo. “Chile: un segundo Cuba”. *Fuerza Nueva*, no. 330, 05 de mayo de 1973, p. 28. Impreso.
- Muñoz, Javier. *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*. Marcial Pons, 2006. <https://doi.org/10.14198/pasado2006.5.15-8>
- “No fue un golpe fue un alzamiento”. *Fuerza Nueva*, no. 350, 22 de septiembre

- de 1973, p. 1. Impreso.
- Núñez, Rogelio. “La prensa española y el golpe de Estado Chileno del 73”. *Bicentenario*, vol. 2, no. 2, 2003, pp. 185-198.
- Pacheco, Máximo y James Holguer Blair. *Recuerdos de la Unión Soviética*. Andrés Bello, 2009.
- Palomares, Alfonso. “Salvador Allende: creía en los votos, lo derribaron los tiros”. *Sábado Gráfico*, no. 851, 22 de septiembre de 1973, p. 22. Impreso.
- Perfecto, Miguel A. “La derecha radical española y el pensamiento antiliberal francés en el primer tercio del siglo XX”. *Studia histórica. Historia Contemporánea*, no. 30, 2012, pp. 47-94. <https://doi.org/10.3989/arbor.2010.extrajunio3005>
- Piñar, Blas. *Escrito para la Historia*. Fuerza Nueva Editorial, 2000.
- “Posturas que no engañan”. *Fuerza Nueva*, no. 350, 22 de septiembre de 1973, p. 5. Impreso.
- “¿Qué pasa en Chile?”. *Fuerza Nueva*, no. 295, 02 de septiembre de 1972, p. 25. Impreso.
- Sá Motta, Rodrigo. *Em guarda contra o «perigo vermelho»: O anticomunismo no Brasil (1917-1964)*. Editora Perspectiva / FAPESP, 2002. <https://doi.org/10.1215/00182168-85-3-532>
- Sanz-Gavillon, Anne-Clare. “Chile como referente político y cultural de la España antifranquista: procesos de identificación, ecos y paralelismos en la Revista *Triunfo* (1964-1980)”. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, no. 1, 2018, pp. 47-74. <https://doi.org/10.35588/rhsm.v23i2.4099>
- TFP. “La autodemolición de la Iglesia”. *Fuerza Nueva*, no. 325, 31 de marzo de 1973, pp. 20-25. Impreso.
- Torres, Francisco. “La alternativa neofranquista: el intento de concreción política durante la construcción del sistema de partidos en la Transición (Fuerza Nueva 1966-1982)”. *Aportes*, no. 45, 2001, pp. 49-76.
- Valdivia, Verónica. *Nacionales y gremialistas. El “parto” de la nueva derecha*. Lom Ediciones, 2005.
- Varas, Augusto. *La dinámica política de la oposición durante el gobierno de la Unidad Popular*. Flacso, 1977.
- Villamea, Luis. “Pablo Rodríguez Grez en Fuerza Nueva”. *Fuerza Nueva*, no. 360, 01 de diciembre de 1973, pp. 34-36. Impreso.
- . “Pablo Rodríguez: Mensajero del nuevo Chile”. *Fuerza Nueva*, no. 359, 24 de noviembre de 1973, pp. 8-10. Impreso.
- Widow, Juan Antonio. “¿Chile, marxista...?”. *Fuerza Nueva*, no. 198, 24 de octubre de 1970, p. 15. Impreso.